

# **Los procedimientos: un rostro y una voz en la senda que conduce a Dios. (La mistagogía de la pedagogía)**

---

*Eduardo Valdés, s.j.*

San Ignacio es célebre en su librito de los Ejercicios Espirituales por el cúmulo de apoyos que propone para mejor hacer un retiro. Estos procedimientos abren el libro con el título de **anotaciones** (No 1ss) y lo cierra con las famosas y dialécticas **reglas** para sentir con la Iglesia (No 352ss). Son procedimientos para conocer la voluntad de Dios (una pedagogía espiritual) y una vez hallada, ponerla en práctica (una mistagogía humana e histórica).

Quisiéramos hacer una breve introducción a estas ayudas. No pretendemos ser exhaustivos sino simplemente indicar un camino y una manera para no mucho saber sino gustar internamente el dejarse conducir. Propiamente solo presentaremos las primeras anotaciones (Nos. 1-20) en una mirada general y los modos de orar (Nos. 238-260). Las anotaciones, como habíamos dicho, abren el libro, los modos de orar cierran la cuarta semana.

Las anotaciones nos presentan desde el inicio una relación. Está el libro de los Ejercicios y, por otro lado, el acompañante y la persona que hace el retiro. Ellas nos ayudan a comprender que el acompañante no es un juez aunque hace cumplir la ley del libro. Es un testigo, es decir, una ayuda que acompaña a lo largo del camino. Tanto el libro como el acompañante son una ayuda, el paso pedido por Dios al ejercitante

para que ese mismo Dios pueda ir al encuentro de la persona. Siempre el ser humano debe hacer un paso aunque es Dios quien lo eleva sobre todas las cosas. Dios es el que hace el gran paso, posiblemente un salto infinito.

Por eso, la aparente ridiculez del encaminamiento que pide la aceptación de los procedimientos. El ejercitante permanece en suma humildad conservándose fiel a la hora, guardando las adiciones, etc. Los procedimientos (las anotaciones) se convierten en un signo de libertad regalado, comprometido y puesto en camino.

El libro y el acompañante (procedimientos y el testigo de la puesta en marcha de estos procedimientos) intentan buscar, hacer entrar en relación, de hacer encontrar, de llegar al punto de reunión de Dios con el ejercitante. Sabiendo muy bien que es Dios (el Espíritu Santo) quien hace el trabajo y que es Él quien quiere, desea y es su determinación deliberada (es una realidad) entrar directamente en relación con el ejercitante. De ahí la unidad que se teje entre el libro y el acompañante. El libro nos permite establecer una dinámica con la Escritura y la "vera historia". El acompañante con la Iglesia y la vera voz (testigo amante).

El libro y el acompañante ayudan a hacer el pasaje (la pascua, atravesar el umbral) que tiene su "leyes" y un camino verdadero y único hacia Dios. Por ese medio también hacia la Escritura y la Iglesia. Creemos que la Escritura y la Iglesia juegan el mismo papel para todos los seres humanos que el libro y el acompañante para el ejercitante.

El acompañante en relación al libro es quien lo ha hecho, ya ha recorrido el camino. Conoce los detalles, lo cotidiano del recorrido, la meditación tras meditación, etc. A lo largo de los ejercicios transmite una sabiduría, un saber-hacer, un gustar-aceptar, un depositar-dar, un conocer-caminar, etc. El libro (la historia vivida) es para el acompañante (la historia contada) la faz (o una de las facies visibles) de Dios, origen y término de la historia. Una faz en movimiento, objetiva, real, en síntesis una faz relacional. El libro recuerda al acompañante su camino

recorrido, es decir, a Dios y al acompañante que tuvo. Estamos en una especie de tradición, una historia fiel que toca todo el desarrollo del tiempo y del espacio. El libro es un texto vivido o más bien un texto contado (relatado), una historia hecha y que se hace (se está haciendo), una historia cumplida y una historia por cumplir.

También estamos ante la actitud fundamental del ejercitante: servir a Dios a través de una amistad profunda y libre con Jesús. Por eso, el compás de búsqueda debe ser el más amplio posible, no restringirlo a una expectativa particular aunque está comprendida con el cómo y en el dónde de este encuentro. Como ejemplo podemos ver la fuerza de la anotación quinta. Esta anotación es en sí misma una meditación, al mismo tiempo se vuelve un calibrador (un termómetro) de la actitud del ejercitante. Es una entrada, una introducción estructurada y estructurante de todo el proceso de los ejercicios. Esta anotación nos lleva, nos pone con el fin (y objetivo) de los ejercicios.

Los procedimientos buscan disponer el ánimo. La noción “disponer” tiene mucha carga y fuerza, lo mismo en las Constituciones. Bajo esta palabra hay una concepción profunda de libertad humana y de la posibilidad de solidaridad con el trabajo y el amor de Dios. Disponer es hacerlo a uno libre (toda mi libertad está en juego) y capaz de colaborar con Dios. Nuestra colaboración se vuelve necesaria y graciosa (llena de gracia) bajo la dinámica de la gratuidad. Disponer se vuelve el punto de encuentro entre gracia y libertad.

Es cierto que todo esto se dará teniendo en cuenta la materia subiecta, es decir, aprender a encontrar a la persona donde está. Recordemos y reconozcamos que Dios es el primero que lo hace antes que nosotros. Es también “aprender” por estos procedimientos que la libertad se jugará en un particular, el universal se hace histórico. En este hacer histórico es en donde se juega la libertad y donde muestra (y se muestra) la “verdad” del proceso, del encaminamiento. El acompañante debe vigilar y cuidar que la cita (el encuentro) sea en ese punto donde Dios mismo se historiza para el ejercitante. Allí donde Dios entra en

relación con el que hace los ejercicios y en la manera como Él lo hace. Donde Dios va haciendo del ejercitante un sujeto espiritual. Quizá sea más preciso decir, el Espíritu Santo.

De ahí el título “anotaciones para tomar alguna inteligencia” (No. 1). Es la inteligencia espiritual. Son conocimientos tanto de la condición humana como de la manera de actuar de Dios (en el ser humano). Repitamos: entre Dios y el ejercitante, la mediación del acompañante. “En los ejercicios espirituales que se siguen” (No.1). Todas las anotaciones, todos los procedimientos están dados para la experiencia de los ejercicios.

Nacen del corazón del encuentro de Dios y del ejercitante para convertirse en medidas (medurar la relación) para el acompañante y para el ejercitante. Para temperar los deseos de ambos. Estas anotaciones son generales pero buscan, crean y construyen una experiencia particular. Son como las reglas mínimas de un juego, al interior de este proceso, Dios pasa y se encarna.

“Así el que los ha de dar” (No.1), son procedimientos a dar y ellos envían a una práctica. Estas anotaciones buscan el “lugar” y el “tiempo” de este encuentro. “Como el que los ha de rescibir” (No.1) son para aceptar, es decir, son el camino variado que hay que recorrer; así se vuelven indicativos de un camino (una manera de dejarse conducir). Son procedimientos objetivos para el acompañante y para el ejercitante. Estos procedimientos se mueven en la dinámica de la sabiduría: son herramientas, instrumentos, puntos de referencia... En relación al acompañante, como habíamos dicho, lo deja, lo centra y le da su sentido: ser únicamente un testigo que ayuda. En relación al ejercitante lo pone a la escucha de Dios para hacerlo obediente a ese Dios y en los ejercicios a un testigo. El ejercitante se deja testimoniar.

En la primera anotación (No.1) nos encontramos con la metáfora del cuerpo en movimiento que ayuda a comprender los ejercicios. Como dijimos anteriormente nos encontramos con el disponer que se asienta en una concepción de libertad y gracia en San Ignacio, al mismo tiempo que es colaboración del ser humano a la gracia: estamos ante un punto evangélico.

La segunda anotación (No.2) nos dice que el acompañante debe introducir al ejercitante al “factum” (“hecho”) y ahí Dios lo hará un “faciendum” (“haciéndose”). Propiamente se dice que el acompañante transmite lo recibido sin añadir casi nada, salvo mostrando que él es depositario de eso dado. La fuerza proviene no del que transmite sino de lo transmitido. “No el mucho saber harta y satisface el anima mas el sentir y gustar de las cosas internamente”. No se trata de una experiencia con el acompañante sino con Dios. El acompañante debe ganar y mantenerse en la discreción, solo propone lo que le ha sido depositado.

La tercera anotación (No.3) al hablarnos del entendimiento nos muestra que tocamos la verdad y hacemos camino con ella (discurriendo). Las “reglas” del entendimiento son menos sentimentales, así la verdad permite una cierta “distancia”, una especie de objetividad. Todo ello porque el corazón está más pacificado. Sin olvidar que la diferencia está presente. “De la voluntad afectando”, aquí tocamos el amor. El discernimiento entonces debe ser más cuidado y fino, pues las pasiones se mezclan. Estamos ante una posible dinámica de fusión (una unidad sin diferencia) y la identificación está presente. La “subjetividad” se manifiesta y los deseos muestran su fuerza. Posiblemente las afecciones están relativamente más escondidas, salen menos a una visibilidad. Estamos en una pedagogía de paso (pascua), de la meditación a la contemplación.

La cuarta anotación (No.4) muestra toda la propedéutica de los ejercicios y nos pone ante las “semanas” con el cuido que proviene del acompañar al ejercitante ahí donde Dios lo va conduciendo. La quinta anotación (No.5) entra de lleno en la disposición del ejercitante, estamos ante su actitud. “Entrar en ellos” hay como un “cuerpo”, un camino que supone penetración, introducirse, aprender a conducirse... El grande ánimo y liberalidad habla de la audacia (coraje) y la generosidad, es la disposición de entregarse completamente en las manos del Señor. Es un dinamismo de depósito, es depositarse en Él. En el ofrecimiento se regala la capacidad de amar. Uno hace su ofrenda (ofrece) y se deja tomar, llevar en lo que Dios quiere,

cuando y en dónde Él lo quiera. Es una dispositio ad obedientiam, una disposición para alcanzar obediencia. Encontramos un lugar en relación a Dios, es decir, servir a Dios sin el que-darse con nada. La persona por entero “entra en ellos”.

La sexta anotación (No.6), los procedimientos llevan al sentir del acompañante, es decir, estamos ante su experiencia como también habla de la manera de actuar de Dios (y del enemigo de natura humana). Si el ejercitante no es “trabajado”, quiere decir que no está en el “lugar” (tiempo, espacio, disposición) preciso sino que está afuera o por otros rumbos. Hay que ayudarlo a que vaya o vuelva a su “lugar” de relación. Las preguntas van hacia los procedimientos, las maneras de actuar (de caminar, de encaminarse...), es no perder el lugar de la cita.

La séptima anotación (No. 7) nos pone ante un “vee”, hay una “visibilidad”, una “legibilidad” en relación a la anterior anotación donde carecemos de la visibilidad-legibilidad. Estamos ante criterios para caminar, para encaminarnos, para consolar y mostrar que Dios quiere la misma cosa que está haciendo el acompañante. Estamos también en un combate, el enemigo de natura humana es real, feroz y devorador. Hay un agere contra del enemigo y un actuar de Dios. Tenemos que aprender algo que nos enseñan y hay un Dios a encontrar, a descubrir. Dios también hace un trabajo precedido por el acompañante. Nos regalan un conocimiento práctico, haciendo el camino tanto del enemigo como de Dios. Estamos ante la estructuración de la prueba y del sufrimiento, es la noche del caminar pero acompañado de una voz y una presencia: el acompañante. Quien ayuda a poner en práctica los medios para prepararse y disponerse que le corresponde al ejercitante. Además que el ejercitante pueda hablar, decir que está desolado... ante un acompañante suave (manso) y bueno que envía Dios.

La anotación octava (No.8) nos propone un tiempo de sabiduría. Un conocimiento sensible de la manera de “trabajar” del enemigo (sus estrategias en movimiento) y de Dios (las gracias regaladas). Supone capacidad de discernir del acompañante: sentir el tiempo para el ejercitante. La mesura la pro-

porciona la relación con el ejercitante en donde está él. Esto implica un “descubrir” la etapa precisa, pide el encaminamiento (la conducción) que conviene.

La novena (No.9) viene en continuidad con la anterior. Es ayudar a crecer en el espíritu al ejercitante por donde ese mismo Espíritu lo va conduciendo. No es hacer pasar por un método, una escuela es colaborar con una experiencia. La anotación décima (No. 10) nos vuelve a poner en un “sentir”. Hay dinámicas objetivas y cada etapa tiene un combate específico y propio aunque relacionados entre ellos.

La undécima (No.11) nos vuelve a recordar que cada gracia en su tiempo. De ahí trabajar día tras día, etapa por etapa, pues no es un problema de saber la continuación o el “final” sino de permanecer ahí donde Dios está hasta gustar la gracia pedida. Nuevamente tenemos la reiteración de que el ejercitante debe dejarse conducir y el acompañante ver si la gracia ha sido dada y recibida. La duodécima (No. 12) también nos dice que lo mismo debe darse para cada meditación, es decir, permanecer fiel al tiempo previsto, el compromiso asumido. Como siempre, el acompañante da la mano para no perder este paso. Sobre todo porque el enemigo despliega su estrategia, hay un combate que llevar a cabo. Nos aseguran que debemos permanecer en el tiempo y quedarnos en la materia (los puntos) hasta que el alma haya sido llenada, saciada (un tiempo completo en el ejercicio). Por otro lado, hay una libertad que se respeta pero que me muestra que mi relación a Dios pasó por el tiempo. Como hemos repetido, solo hay decisión en el particular, se ama en lo particular. Aquí la astucia propuesta es escapar del tiempo y del espacio propuesto, es una manera de poner en obra el principio y fundamento.

La anotación décimo tercera (No.13) nos habla de dos duraciones, dos tiempos fuertes. La consolación donde todo es fácil, uno es llevado suavemente y con dulzura. Desolación una fuerza contra el tiempo previsto, una dificultad grande que intenta impedir el camino. Tenemos dos cosas que aprender: conocer a Dios y dejarse conducir; conocer al enemigo y resistirle

aprendiendo a vencerle. Es conocer la manera de actuar de Dios y del enemigo y conocer la propia manera de reaccionar ante estas dos mociones. Nos regalan los puntos de referencia para conocer tanto la consolación como la desolación en sus efectos y en relación a uno mismo como ejercitante. Una manera de combatir la desolación es añadir un tiempo más al lugar donde uno se encuentra (y a la meditación) para evitar ser removido, desplazado, de hacerlo a uno salir... Nos indica que no es el sentimiento de agradable o desagradable, de facilidad o dificultad lo que debe regir la meditación. Por otro lado, no es solo defenderse sino ir más adelante en el encaminamiento. Es una manera de tomar a Dios seriamente en lo real. Sin olvidar que la prueba es una alternancia en la existencia, hace parte de nuestra vida.

La anotación décima cuarta (No.14) nos presenta la actitud que se debe tener frente a la consolación: medir y ver si es de Dios el movimiento y no solo el resultado de los deseos y maneras de ver de la persona. O quizás solo una persona en euforia. Esto porque no basta únicamente la libertad del ejercitante, Dios debe comprometerse también. Más bien, la libertad debe aceptar o no la dinámica, la manera de proceder de Dios. Pareciera que hay una dinámica de la consolación que nos puede llevar falsamente a la libertad, p.e. la atracción por el gusto solo de la alegría sin ver las condiciones. Es ver el movimiento mismo y los dos sujetos implicados: el ejercitante y Dios. Con las palabras inconsiderado y precipitado nos dice que no es el tiempo tampoco el camino previsto para ese encuentro y mucho menos la actitud necesaria que nos llevará o acogerá a Dios. "Quanto mas le conociere de ligera condición..." estamos ante un trabajo delicado y fino del acompañante. El acompañante es alguien que también siente el temperamento de la persona.

La anotación quince (No.15) nos termina de presentar el trabajo de acompañante respecto al ejercitante, nos recuerda que es un testigo no el que da la gracia. Por eso su palabra y su deseo debe ser discreto respecto al que está haciendo sus ejercicios, no debe dejarse tentar incluso bajo el aspecto de bien (sub angelo lucis). Solo confirma el movimiento de Dios



sin comprometerse en una dirección u otra. Es el fiel de la balanza. El acompañante sabe que lo que Dios tiene que decir, Él mismo se lo dirá al ejercitante. Tanto el ejercitante como el acompañante están bajo la obediencia, por eso el acompañante no toma la iniciativa (es tomar el lugar de Dios...) sino que verdaderamente se queda en su puesto de testigo.

La anotación diez y seis (No.16) nos comienza diciendo que hay un trabajo recíproco, para que Dios actúe, el ser humano debe también actuar. El ejercitante debe meter todo en el paquete sin guardarse o quedarse con nada. Más aún para cualquier cosa debe pasar por Dios, nos vuelve a recordar el Principio y Fundamento. Nos avisa que debemos evitar que el ejercitante entre (sin discernimiento) a los ejercicios con una determinación tomada, sobre todo si es un afecto desordenado. Estamos ante un trabajo previo a los ejercicios y durante los mismos. El ejercitante no debe interponer sus propios deseos ante Dios o esconderse detrás de ellos. ¿Estamos ya ante el tercer binario? Dios en todo momento comanda, lleva, conduce. Hay un pequeño tratado sobre la elección y, sobre todo, entrar en el combate. De ahí poner en guardia al ejercitante para que pueda plantear bien la “elección”, es decir, sus condiciones. El ejemplo propuesto no es algo pecaminoso (contra los mandamientos de Dios) sino que estamos ante una cosa respecto a su verdad en relación a Dios, es decir, mi relación a Dios en la verdad de la cosa. En todo momento, Dios y el mundo subtienden la cadena de esta relación. Aquí el acompañante no habla en su propio nombre.

La anotación diez y siete (No.17) nos pone en el justo medio del acompañante en cuanto que debe conocer el trabajo de Dios (y del enemigo) en el ejercitante no todas las cosas de él. Es ser testigo no padre espiritual. Es ayudar al ejercitante en su camino, en su encuentro con Dios. Las conversaciones se tienen respecto a los movimiento no en referencia al sujeto sea el ejercitante o el acompañante. La amistad fundamental que se establece es primeramente con Dios mismo. El acompañante tampoco es un confesor en el sentido sacramental sino una ayuda en el camino. No estamos ante un problema de reflexión

o de conocimiento de la persona sino del combate espiritual tal cual se da en el sujeto. Estamos ante la historia verdadera no ante los discursos sobre los hechos o sobre la persona. En código psicológico, hay que evitar el narcisismo.

La anotación diez y ocho (No.18) nos pone ante la aceptación de una persona y un deseo de ayudar allí donde esté la persona no donde quisiéramos que estuviera. Los ejercicios se median en relación a las personas no que las personas entran a la fuerza o sin preparación. Pareciera que la primera semana puede dársele a toda persona y el resto de los ejercicios a aquellas que tenga la disposición y la condición requeridas. Recordemos que la elección supone una base humana mínima. Los mismos criterios para las reglas de discernimiento pero aquí en relación con los ejercicios. Hay un respeto delicado por la persona y el camino que hace desde donde está. No es forzar sino testimoniar.

La anotación diez y nueve (No.19) nos habla de lo que serán los ejercicios en la vida corriente. La anotación veinte (No.20) nos pone en cómo ir llevando la afectividad, la inteligencia y el acercarse hacia Dios para alcanzar gracias. Por eso conviene cambiar de "lugar", es decir, desligarse de las cosas habituales y de la vida corriente para que la persona por entero entre en la búsqueda. Dios "acepta" y "ama" ese desembarazarse; solo con Dios sin ningún otro intermediario. Es bueno para unificar la búsqueda en un solo punto, focalizar su vida en Dios. Así se es libre. Para finalmente estar sola y apartada. Es una paradoja, hay que alejarse para acercarse de alguien. Para favorecer un lugar, una relación es conveniente progresar separándose.

La anotación veinte y uno (No.21) volvemos a encontrar (recordemos la primera anotación) que debemos ganar una libertad verdadera que termina siendo depositada, dada a Dios: una libertad que obedece. Por eso, vencer y ordenar a las afeciones desordenadas. El acompañante ayuda a cuidar y tener presente este principio. Además gustaremos el vencer: una gracia que nos vuelve libres. El camino de la gracia para liberar. El

ordenar: una libertad que se entrega, se convierte en gracia. Es el camino de libertad para depositarse, para obedecer y para amar. En cierto sentido es una obra de creación, es decir, separación. Discernir es crear-separar el enemigo-Dios.

La anotación veinte y dos (No.22) estamos ante la dinámica de todo cristiano: salvar. Es ser tocado y tocar a través de la vida: estamos ante el Espíritu Santo. Es también una posición de benevolencia verdadera respecto a otra persona por medio de una "proposición", es decir, una palabra. Es invitarnos primero a acoger a la otra persona antes que comenzar por una crítica destructora. Esta "actitud" permite la vida tanto para mí como para la otra persona. Hagamos la serie que nos propone: salvar (que condenar)-inquirir (preguntar)-comprender-corregir-buscar los medios para comprender-salvar. Hay una actitud relacional entre el acompañante y el ejercitante. Estamos ante la base de la relación. Una base abierta: ayudarse (entreayudarse mutuamente) y beneficiarse (mutuamente beneficiarse).

\*\*\*\*\*

Finalizando la cuarta semana, nos encontramos con los tres modos de orar que propone San Ignacio al ejercitante que ha finalizado su mes de ejercicios. Desde los números 238 hasta el 260 tenemos una pequeña joya para la persona que vuelve a su rutina habitual después del gran encuentro con su Dios.

En las tres maneras de orar estamos ante la definición de San Ignacio a propósito de los Ejercicios, "...de orar vocal y mental..." (No.1) Estamos ante los lugares de combate y de encontrar a Dios. En estos números, San Ignacio nos regala una serie de procedimientos para hacerlas. Son encaminamientos para el alma (disposiciones) más que técnicas. Nos ponen ante la presencia de Dios poniendo el espíritu en reposo.

En el número 241 nos presenta una manera de no pecar, de pedir perdón. La referencia es el mandamiento de Dios, la ley de Dios. La fuerza de la oración (considerar-pensar) está en relación a las referencias de vida dadas por el mismo Dios.

Hay que tomarse el tiempo, sobre todo, allí donde hay dificultades. Esta manera de orar es muy cercana al primer grado de humildad. Es también una manera de examen de conciencia más extensa; están dados los criterios de “discernimiento” (los puntos de relación) por Dios mismo. El coloquio tiene como puntos los mandamientos.

Cuando se ora sobre los pecados mortales, tenemos el mismo encaminamiento que la anterior pero a la inversa. Pues miro mis lugares de caída, desde allí pedir la gracia y “aprender” a conocer mis debilidades. El criterio es los mandamientos: no cumplidos. Por eso, el agere contra, el hacer lo contrario. Las potencias del alma son también lugares donde Dios y el enemigo pasan y tiene sus combates. Ellas no solo son ayudas para la oración sino también lugares de oración, lugares de relación. Más bien las ayudas de la oración se convierten en lugares de oración, de relación.

Los sentidos también hacen el camino de mostrarse como lugares de oración, es decir, de encuentro con Dios. Aquí la referencia no es solo Dios sino que se incorporan Jesús y María, estamos ante una especie de triple coloquio utilizado en las grandes meditaciones de san Ignacio. Los sentidos son lugares de apertura hacia Dios y hacia las otras personas. No hay que cerrarlos sino dejar que la historia entre en la persona.

En el número 249 nos encontramos con la segunda manera de orar. Estamos ante la contemplación de la significación de cada palabra de la oración. Cada palabra se vuelve un lugar de oración y de coloquio, es decir, un lugar de relación. Supone una disposición del que ora que se encuentra con esa palabra como lugar de consolación, es decir, de camino espiritual. Cada palabra es un país donde la memoria, la inteligencia y la voluntad encuentran gusto y relación. Es un “ver” o “mirar” la palabra. Es contemplar un “sentido”.

La segunda regla (No. 254) es ayudarnos a tomarnos el tiempo. Es gustar las cosas interiormente más que saber mucho. Tenemos el triple coloquio donde encontramos una virtud o una gracia. El criterio para pasar a otra cosa, para saber que

estamos en el umbral a atravesar es la gracia. De la misma manera como pasamos de una semana a otra, la gracia ha sido dada. Cada palabra se saborea y se aprieta “exprimiendo hasta que de todo su jugo”.

N. B. A manera de invitación podemos dar unos ejemplos bíblicos para las potencias del alma.

- la memoria: podemos meditar todo el Deuteronomio (especialmente el capítulo 26: el arameo “se acuerda” de...)
- la inteligencia: acercarse a Job y a la Sabiduría
- la voluntad: los Salmos

Vemos cómo la evocación se hace invocación, como hemos repetido en muchas ocasiones.

Sería muy bueno orar sobre el funcionamiento de la inteligencia.

También podríamos hacer un retiro entero sobre los cinco sentidos, por ejemplo, cómo Jesús ve, toca, gusta... y yo cómo hago hallándome como esclavito indigno con ese Jesús. De allí reflexionar y ver qué se me da a sentir.